



POR LA
DIGNIDAD
DE NUESTROS
MÁRTIRES



Manuel de Jesús Velásquez Chorocán



TIEMPO DE
SOLIDARIDAD



Presentación

Este documento reivindica a los héroes y mártires anónimos del conflicto armado interno que vivió Guatemala durante más de 36 años. Deseamos dejar evidencia de la lucha y el amor al país de quienes tenemos la convicción de reconocer que somos un pueblo que necesita de líderes como aquellos que lucharon contra la pobreza y todo tipo de injusticias, enfrentándose a los opresores para que al final sea el propio pueblo quien dirija los destinos de la patria.

Manuel de Jesús Velásquez, conocido también como Chorocán, se adelantó a su época; fue uno más entre muchos que fueron acallados por su carácter de líder, por su convicción al apoyar al más necesitado, pero su legado vive hoy entre nosotros y tratamos cada día de replicarlo. Con su sangre nos dio vida, con su sangre imprimió la evidencia de la impunidad con la que se operaba en la Guatemala de aquellos años.

Un humilde ferrocarrilero movió y cuestionó a las fuerzas militares y al poder económico en el departamento de Zacapa. Posiblemente este documento no logre contar todas aquellas luchas, conquistas, humillaciones, de las que fue objeto, porque no las sabemos, y quienes lo saben no lo recuerdan porque ya son ancianos, pero hemos rescatado la esencia, que puede ser considerada como un estandarte de lucha y de los pasos a seguir en el ejercicio del liderazgo.

Hacer lo que queremos con el corazón, con inteligencia nata, con el deseo de apoyar a los más necesitados, desafiando a las fuerzas superiores fue lo que hizo Chorocán hasta donde pudo. La fuerza viene del corazón, viene de la mente, viene de la convicción, del anhelo de libertad, de la igualdad que necesitamos todos.

¡Hasta dónde llegaron cobardes que matan con pistola y no tienen el valor de enfrentarse a puño alzado y abierto!

Vayan estas palabras con aprecio para todos y todas ustedes, especialmente para quienes conocieron y valoraron a Manuel de Jesús Velásquez.

Familia Velásquez



Agradecimiento

La publicación de la biografía de Manuel de Jesús Velásquez (Chorocán) ha sido posible gracias al apoyo de César Dávila, Presidente de la Comisión Nacional de Resarcimiento (CNR) y de Orlando Blanco, titular de la Secretaría de la Paz (Sepaz).

Capítulo I

El origen de la vida



*Manuel de Jesús
Velásquez*

Recordar la historia es volver a vivirla, es volver a sufrir y sentir el dolor o la alegría de quienes la vivimos. Para nosotros, recordar a un líder paterno, un líder social, religioso, es volver y retomar el camino de este hombre a quien no se le permitió terminar su misión y a quien vilmente le cortaron la vida.

Sus hijas e hijo

Para mí, Manuel era un gran tipo. Era más que mi hermano. Todo el mundo lo quería. ¿Quién no conocía a Chorocán en el sindicato del SAMF en Zacapa? Era bravo, un líder nato.

Mario Mora Betancourt,
contemporáneo de Chorocán.

Manuel de Jesús Velásquez nació del 5 de mayo de 1925 en el barrio La Estación, en la cabecera departamental de Zacapa. Hijo mayor de Cristina Velásquez Ramos (doña Tina) y de Benigno Peña (Nino¹). En el oriente de Guatemala era costumbre en esa época que los hijos varones no fueran reconocidos con el apellido del padre. Sólo las hijas llevaban los dos apellidos. Por ello, Manuel lleva el apellido de doña Tina. Desde que fue concebido fue querido por sus padres y amigos de la familia. Tuvo un único hermano: Carlos Augusto Velásquez.

Cuando apenas tenía cinco años de edad, Nino solía llevarlo a la estación del ferrocarril, pues a sus compañeros de trabajo les gustaba verlo. Era hermoso y muy inteligente. Manuel nació y creció en el barrio La Estación, nombrado así por las instalaciones del

ferrocarril, donde se estrenó el elegante Hotel del Ferrocarril, lugar donde trabajaba doña Tina como mucama y donde conoció a Nino, de quien se enamoró y dispusieron vivir juntos. En esa época, la costumbre del matrimonio no era tan formal: Cuando había amor, se unían y criaban a sus hijos. Nino compró un terreno cerca de la estación, y construyó una sencilla casita de adobe con techo de teja y un enorme patio donde doña Tina sembraría grandes cantidades de plantas ornamentales, que eran como su entretenimiento, mientras que los árboles frutales eran para el consumo de su familia.

Los recuerdos vienen a nuestra memoria: El enorme árbol de guayabas que emanaba un aroma delicioso cuando la fruta estaba madura. También un árbol de almendras, que dejaba caer sus hojas secas. En ese patio había una galera llena de madera y cosas antiguas, viejas para ellos pero preciadas para nosotras.

Manuel ingresó a la escuela primaria mixta local, donde cursó sus primeros estudios. No se contaba con básicos ni diversificado en los departamentos. Para Manuel, cursar el sexto grado fue suficiente para aprender a leer y escribir. Entre las anécdotas que solía contar a sus hijos y esposa, era lo que le sucedió una vez con un compañerito de escuela, con quien se peleó y le atacó con un lápiz por la espalda, clavándole la punta y haciéndole una herida que si bien le cicatrizó, le dejó una marca singular que le recordaría siempre su paso por la escuela.

Cuando tenía 14 años, su padre enfermó gravemente (le daban unos dolores intensos de cabeza). Los exámenes médicos diagnosticaron que tenía un tumor maligno en la cabeza, llevando al humilde ferrocarrilero a la muerte. Con gran pesar, dejaba viuda a su amada Tina y huérfanos de padre a sus hijos. A Manuel le correspondería entonces trabajar para mantener a madre y hermano.

Recordamos que la abuela Tina decía: «La muerte de Nino me dejó más sola, porque antes nos visitaban sus amigos y compañeros del ferrocarril, pero cuando murió nadie nos visitaba.

Para Tina, fue difícil superar la muerte de su compañero. Tenía que seguir adelante con la crianza de sus hijos, aunque su abuela la ayudó. Mantuvo sus labores dentro del Hotel del Ferrocarril. Pero hay situaciones en la vida que son determinantes y que marcan nuestras identidades, recuerdos y vivencias durante la niñez, que fortalecieron la vida de Manuel.

Conocer a vecinos y compañeros de escuela, fue de gran valor, ya que no tenía un núcleo familiar numeroso, pero su amistad definida y solidaria le llevó a hacerse de amistades sólidas para toda la vida, como lo fue la familia Mora Betancourt, que vivía frente a su casa, donde los jóvenes de su edad y de la del pequeño Augusto, alegraban las tardes, luego de hacer las tareas de la escuela y de ayudar en el hogar.



Entre los vecinos que marcaron la vida de Manuel como si fuesen familiares o hermanos están: Emilio, Roberto, Alfredo, Blanca, Clemencia y Mario. Crecieron juntos y fortalecieron lazos que en la edad adulta serían vitales para apoyarse mutuamente.

Jugábamos con la patojada del barrio. Recuerdo que nos gustaba maniobrar aros de llantas, a los que rodábamos con una varilla y así nos íbamos hasta Buena Vista.²

En la fotografía del extremo superior izquierdo de este collage aparece Chorocán cuando era niño.

En las noches nos gustaba contar cuentos de espantos, de la llorona, la siguanaba, el cadejo y el sombrerón. Había una patoja que trabajaba en una casa y decían que el sombrerón la enamoraba y no la dejaba tranquila. Manuel, que era tan enojado, decía que iba a ir a apedrear al sombrerón para que dejara tranquila a la patoja», recuerda Mario Mora Betancourt

«Manuel era muy enojado desde niño. Por ello se ganó el sobrenombre de Chorocán. La propia doña Tina lo nombró así, en honor a la avispa chorocana, que es guerrera y pica fuerte. Desde su niñez hasta la muerte, llevó ese sobrenombre por el carácter fuerte que le fue generando descontentos entre algunas personas en el pueblo y más adelante sería el motivo que lo llevaría a la muerte», agrega.

«Recuerdo que Manuel tuvo que trabajar a los 14 años, porque don Nino falleció. Fue a las chicleras en Petén. Era un jovencito delgado, menudito y, cuando regresó tres años después, estaba fornido, grandote, tal vez por la forma como trabajaba: Subiéndose a los árboles para extraer la savia del chico-zapote. Todos en el barrio nos sorprendimos al verlo: Era otro Manuel», concluye.



Al centro, en la parte inferior, aparece la última fotografía tamaño cédula que se tomó Chorocán días antes de su asesinato.

Capítulo II

Las responsabilidades a temprana edad

Tras la muerte de su padre, Manuel tuvo que buscar empleo en otros pueblos. Tenía que ayudar a la madre y a su hermano menor. Consiguió trabajo en las fincas chicleras de Petén, donde las labores eran pesadas y la paga liviana: Apenas 25 centavos al mes, dinero que le enviaba a Tina a Zacapa. Posteriormente viajó a Izabal, donde le consiguieron un trabajo en la United Fruit Company (Ufco), en donde estuvo por algún tiempo.

Había días completos en que no tenían alimentos: Buscaban raíces de plantas comestibles o cortaban cepas de banano con las que hacían rodajas para alimentarse. Las ponían al fuego, las asaban y eran los manjares que fueron nutriendo aquel cuerpo delgado al que la fuerza y el sudor le fueron dando la madurez que necesitaba



En este otro collage aparece Chorocán en distintos lugares y en diferentes facetas de su vida.

para aprender a vivir y afrontar la crisis económica para ayudar a su familia.

Durante tres años estuvo entre Petén e Izabal, en las plantaciones bananeras. Le enviaba a Tina dinero y cartas, las que cariñosamente leían en casa. A pesar de su esfuerzo, la situación no mejoraba en casa. Tina quería de vuelta a su hijo, tenerlo cerca y cuidarlo. Decidió buscar, entre los amigos y ex compañeros de trabajo de su difunto esposo, un contacto que le apoyara para que Manuel pudiera trabajar en el moderno ferrocarril. El problema era que el muchacho no tenía aún la mayoría de edad. Buscaron la forma de hacerse de documentos para facilitar su ingreso.

Así fue como Tina lo logró y de inmediato le envió una carta para que se regresara. Regresar al calor y seno de su hogar, al lado de su madre, hermano y la bisabuela fue una de las mayores alegrías en



Sindicato Ferrocarrilero.

la vida de Manuel: Reencontrarse con sus amigos del barrio, en especial con Mario y Alfredo. Gran sorpresa fue para todos, pero más para las patojas, cuando vieron a Chorocán regresar hecho un hombre, muy apuesto, trabajador y responsable.

Se incorporó de inmediato al ferrocarril. Su primer trabajo fue de peón, igual que su padre. Por sus habilidades, lo ascendieron a trabajar en el taller de mecanización de la IRCA³, donde aprendió a arreglar máquinas y toda clase de vehículos del ferrocarril, ganando por ello popularidad. Como aprendiz, era apreciado por todos, porque era el hijo de Nino y desde entonces lo llamaron Chorocán. Más que ingresar en la institución, su meta era aprender y mejorar su nivel, escalar, tener un mejor salario, pero la empresa era extranjera, por lo que la explotación laboral se podía sentir en la vida de los trabajadores. El temple de Manuel se fue forjando. Aprendió a sobrevivir y a defenderse. Sus compañeros de trabajo fueron testigos del nacimiento de un líder que requería el acompañamiento del grupo.

De regreso en Zacapa, se enamoró de una joven muchacha, con quien procreó su primer hijo, al que llamó Roberto. La madre, al dar a luz, perdió la vida. Tina estuvo al tanto de todo lo sucedido, quiso quedarse con el bebé y criarlo, pero la familia de la muchacha, al ver que era lo único que les quedaba de ella, lo acogieron, por lo que Roberto creció con su familia materna sin perder la relación con Manuel, quien toda su vida el respaldo económico, moral y presencial. Estos acontecimientos, sin embargo, no le impidieron enamorarse de nuevo, pues a los tres años del nacimiento de Roberto se enamoró de otra joven, una maestra del departamento de Zacapa, con la que se casó y tuvo un hijo al que nombraron Byron Luis, quien nació en el seno de un hogar que no podría consolidarse, pues Manuel pasó a ser brequero (persona que da los banderazos de salida al maquinista del tren, se encarga de las paradas y el tráfico de toda la nave en su recorrido).

En este proceso de ir y venir se mantenía Manuel en los trenes de pasajeros, de carga o el mixto. Poco o casi nada de tiempo podía

dedicarlo a su hogar, por lo que se deterioró la relación de vida con la joven maestra. La situación en la IRCA se estaba tornando insostenible y los cambios de gobierno, con sus políticas reformistas, marcaban la tendencia a que la empresa fuera nacionalizada, en momentos en que la IRCA estaba incumpliendo con los trabajadores en el pago de sus salarios.

Manuel mantenía su proceso de autoformación y reconocía las injusticias laborales que más adelante le permitirían incursionar en una organización junto con otros trabajadores. Y como había rumores de organización, la gente de la IRCA no estaba dispuesta a permitirlo. En 1954, Guatemala padecería las nefastas consecuencias de la contrarrevolución encabezada por Carlos Castillo Armas. Así, la vida familiar de Manuel también entró en crisis.

Por donde recorría el tren había patojas hermosas y llenas de vida y se fijó en una de ellas. Logró averiguar el nombre de la muchacha y la familia a la que pertenecía, resultando que Rosa, tal era su nombre, era hermana de un joven trabajador recién ingresado a la IRCA, por lo que empezó a enviarle mensajes y en cada oportunidad que tenía de verla en la estación del ferrocarril en Zacapa le hablaba, pero recibía de ella toda clase de rechazos, ya que a Rosa le habían informado que Chorocán era casado. En aquel tiempo, involucrarse con hombres casados era pecado e ilegal, como hoy día, por lo que ella evitó cruzar palabras con él, excepto para decirle: «Mire Manuel, ya sé que es casado, no me moleste por favor». Ese fue el mensaje claro para Manuel iniciara el proceso de divorcio, cuestión que no le costó con la joven maestra, quien aceptó a cambio de una pensión para el niño Byron Luis. Una vez enterada del divorcio y con cédula en mano, Rosa lo aceptó como novio, pidiendo el permiso respectivo en la casa de ella, ya que Rosita, como solía llamarle la gente que la estimaba, era una hija devota de su casa y en ese momento había muerto su padre, Juan Ramón, por lo que era parte del soporte económico para el hogar junto con su joven hermano que recientemente había entrado a trabajar en la IRCA. Manuel tenía que dedicarse a las tareas sindicales y sociales a favor de los



Sindicato Ferrocarrilero.

desposeídos y Rosa significaría más que la madre de sus hijos, la compañera y apoyo en todas las gestiones que él emprendería.

A la boda no asistió Tina, ya que había visto cómo fracasó el primer matrimonio de su hijo. Ella tenía otros planes para él, pues fue determinante en su vida y observó de lejos el hogar de Manuel, que duró 26 años.





Sindicato Ferrocarrilero.



Capítulo III

De su labor en la IRCA de cara a la contrarrevolución

Recuerdo a tu papá como un buen hombre. Era el esposo de mi hermana, era sindicalista... tenía muchos enemigos, por su carácter fuerte, y le gustaba la política... en el sindicato habían compañeros que siempre querían aprovecharse de él... era motorista, fue brequero, estuvo en la mecanización... la sede del SAMF se logró porque él con los otros compañeros del Comité Ejecutivo la lograron.

César Estrada Chacón, trabajador jubilado de FEGUA

A principios de la contrarrevolución, Manuel se encontraba trabajando en otro puesto. Manejaba un carro de línea que llamaban Motor, una especie de carrito que él manejaba y jalaba carretones con peones que dejaba en la línea. Llevaba igual funcionarios de la empresa y toda clase de materiales que le indicaran. Era un carro destinado a la verificación del estado de la vía férrea y dar aviso a las estaciones del ferrocarril para su reparación.

La gerencia de la IRCA ordenó que se dejaran las labores mientras durara la guerra. A Manuel se le ordenó dejar el Motor, a lo que se opuso: «Mi tarea será revisar siempre la línea, apoyar en lo que se pueda a la gente que está migrando para las aldeas desde el pueblo. Seré responsable del Motor». Fue una de sus primeras conquistas laborales.

Muchas familias aledañas a la brigada militar de Zacapa migraron a las aldeas, como el caso de la familia de Rosa, que marchó hacia la aldea de Manzanotes, donde tendrían refugio durante la guerra, puesto que su casa estaba cerca de la brigada y las bombas caían a

granel, lanzadas por gente del Movimiento de la Liberación Nacional, bajo órdenes de militares contrarrevolucionarios.

Por medio de Rosa se enteró Manuel de la migración, por lo que él estaba pendiente de ella y de su familia y cada vez que podía, en su paso en el Motor cerca de la aldea, lograba enviarle dinero y alimentos que podían conseguir, puesto que el comercio estaba cerrado. Manuel solía encontrar, a la orilla de la línea, varias reses sueltas y atropellaba a algunas a propósito, para que la gente que veía escondida entre matorrales, buscando alimentos, saliera para destazar el animal. Él se bajaba y cortaba dos piezas de carne, una que llevaba a Tina y otra que enviaba a Rosa, para que se alimentaran. Solía llevar un rifle muy sencillo que usaba para dispararle a toda clase de animales en el camino: Cerdos, gallinas, chompipes, conejos, etc.

En su recorrido desde la estación del ferrocarril de Zacapa hasta la estación de Puerto Barrios, Izabal, constantemente era entrevistado por gente de la insurgencia que peleaba contra los liberales, a quienes llevaba a lugares señalados, pero igualmente lo interrogaban pelotones militares que monitoreaban la línea y los llevaba hasta donde le indicaran. Muchas veces encontraba gente pidiendo apoyo para transportarse de una aldea a otra. El Motor era leyenda en la línea, porque Chorocán hacía las chofer de bus. Solía sacar gente enferma, heridos, tanto por los rebeldes como por los militares, para que fueran llevados de emergencia a los hospitales.

Su nombre se convirtió en sinónimo de insurrección. Su rebeldía contra la IRCA, al haberse quedado con el Motor, le podía costar el trabajo, por lo que cuando la guerra terminara muchas explicaciones tendría que dar. Pero ese heroísmo, humanismo y solidaridad con el necesitado era lo que a Chorocán le fue ganando fama y la gente lo protegía.

Terminada la guerra, regresó a casa. Supo enfrentar con inteligencia toda clase de señalamientos que en la IRCA le hicieron. Libró esas luchas, logrando mantenerse en su puesto, aunque le tenían puesto el dedo por el liderazgo entre los trabajadores.

En diciembre de 1954 se casó con Rosa. Su sueño de formar una familia se hizo realidad, manteniendo siempre la relación con Roberto y Byron Luis.



El 19 de octubre de 1955 nació, en la ciudad capital, Oscar Arturo, su primer hijo con Rosa. La pareja había decidido vivir en la capital, pero la necesidad de ambos de tener cerca a sus madres les motivó a regresar a vivir a Zacapa, en el barrio La Reforma, donde construyeron la casa en la que vivieron hasta que la muerte los separó.

Después de Arturo nacieron cuatro hijas más. Manuel no engendró más hijos varones. Su segunda hija es Alma Verónica, nacida el 21 de febrero de 1957; la tercera, Lourdes Patricia, el 16 de diciembre de 1961; la cuarta, Maritza, nacida el 7 de Enero de 1962 y la quinta, Anabel, el 28 de Noviembre de 1964. Ellas nacieron en la casa donde vivieron el resto de sus vidas. Rosa, en los cuatro partos posteriores a Arturo, fue atendida por una comadrona.

Juntos construyeron un mundo en el que el modelo de Manuel fue para ellos el del padre perfecto, el líder sindical, social y religioso en el pueblo de Zacapa, en la década de los años sesenta hasta inicios de los ochenta.

Capítulo IV

Mis recuerdos



Oscar Arturo Velásquez

Era el inicio de las organizaciones guerrilleras en Guatemala. Recuerdo que en la Sierra de las Minas se formaron las Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR) porque la gente, la peonada, estaba cansada ya de tanto sufrirle a los terratenientes.

Anónimo

Una mañana de noviembre de 1960, teniendo yo apenas cinco años de edad, mi padre me dice: «Arturo, vamos a ver a tu abuelita». Mi abuelita Tina vivía en el barrio La Estación. Mi mamá preguntó: «¿Te vas a llevar a Verónica también?», porque ya se la había subido a los hombros. «Sí» respondió. Mi mamá volvió a hablar diciéndole: «Acordate que no tarda en venir el sulfato», término que daban a los aviones mustang que el Presidente Miguel Idígoras Fuentes empleaba para atacar la brigada militar de Zacapa, y nosotros vivíamos muy cerca de ella.

Estábamos iniciando la guerra interna que duraría más de 36 años. En ese momento los militares jóvenes Marco Antonio Yon Sosa y Luis Augusto Turcios Lima se habían levantado en contra de Idígoras Fuentes y Zacapa fue la base para ese levantamiento.

-Bueno -dijo mi papá- sólo quiero dar un vistazo a mi mamá y regreso lo más rápido que pueda. Salimos de la casa de La Reforma. No habíamos caminado una cuadra cuando el bendito sulfato apareció en el aire, bajó la nariz y logramos ver la cara del piloto: Éste enfilaba hacia la brigada militar. Creemos que el piloto nos logró visualizar, por lo que se elevó de nuevo y no fue sino unos minutos después que dejó caer las bombas.

Mi hermana Verónica estaba contenta de ver de cerca el avioncito. Mi papá apresuró el paso y logramos llegar a la casa de la abuelita Tina, a quien encontramos rezando en su cuarto por los momentos tan críticos que vivía Guatemala. Otro recuerdo que tengo de mi padre es cuando trabajaba para la IRCA. Se desempeñaba como motorista de vía y conductor de un carrito motorizado. En una ocasión, mientras la estación del ferrocarril en Zacapa estuvo al mando de Yon Sosa y Turcios Lima, le pidieron a mi padre que los trasladara con su equipo para en una misión, orden que mi padre atendió y los condujo rumbo a El Rancho, El Progreso, en donde dinamitaron varios rieles para bloquear el paso a las fuerzas serviles militares de Idígoras Fuentes que se transportaban por esa vía.

Luego le indicaron que los llevara a Gualán, Zacapa, a platicar con el jefe del destacamento militar, y después a Puerto Barrios, Izabal. Esta fue su segunda experiencia militar como civil, ya que en 1954 yo no existía pero él me relataba en mi adolescencia «la batalla de Gualán en 1954, donde detuvieron a las fuerzas contrarrevolucionarias de aquella localidad. Estas experiencias me condujeron por la vida con pensamientos libertarios», palabras que fueron siendo parte de mi vida, para llevarme también a tener sesgos revolucionarios acompañados de los sabios consejos que él me daba. Chorocán fue un padre ejemplar y un esposo dedicado a su hogar.

«Muchas veces fui a encontrar a Manuel, antes de que entrara a la estación, para decirle que no entrara, que se regresara con el Motor a Gualán, porque el ejército lo estaba buscando. Mi hermano era señalado en ese tiempo de apoyar a la guerrilla. Querían desaparecerlo. La gente del ferrocarril, los compañeros, le avisábamos por la radio que llevaba en el Motor. Lo cuidábamos porque era del sindicato y muchos confiaban en él como dirigente», nos cuenta Augusto Velásquez, hermano de Chorocán. En la década de los setenta, siendo dirigente sindical, participó en la huelga de los 70 días en el ferrocarril, en la época cuando el Chacal de Oriente, el general Carlos Arana Osorio, era presidente (yo tenía 14 años de edad).

Una tarde, cuando regresé a casa de estudiar, encontré a mi madre afligida, ya que desde el medio día los esbirros orejas de la base militar, de la cual el coronel Germán Chupina Barahona era G2, había girado órdenes de detener a mi padre por comunista y lo estaban llegando a buscar a mi casa, a la estación y a la casa de mi abuelita Tina.

Una vez que me di por enterado, me hice presente en la estación del ferrocarril para buscar a mi papá. Él venía de Puerto Barrios a Zacapa y ya le habían avisado por la radio que no entrara. Lo fui a esperar dos kilómetros antes de que llegara a la estación del ferrocarril para informarle personalmente cuál era la situación. Se sorprendió cuando me vio. Era el anochecer, me iluminó con las luces del motor de vía, paró y me dio un abrazo que no se me olvidará jamás; luego nos metimos a un regadío de un amigo y ahí pasamos la noche. El motor de vía se lo llevó Eleuterio Sosa, al que le decíamos cariñosamente Tello, quien era su ayudante. Al día siguiente, mi papá

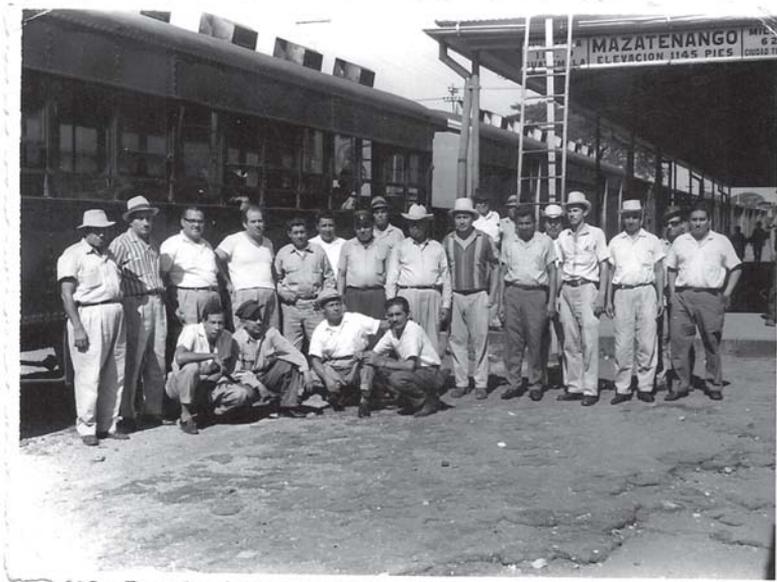


Foto postal al finalizar una asamblea del SAMF en Mazatenango.

mandó a buscar a Moncho media luz, un taxista amigo de él y de su confianza. Lo encontré en el punto a un costado de la iglesia de Zacapa y le conté detenidamente el problema que mi papá me había explicado. Inmediatamente nos fuimos a traer a mi papá al regadío por la entrada de la vía férrea que le decía La Romana. Se saludaron y luego nos fuimos a la iglesia católica.

Una vez en la iglesia San Pedro, mi papá se entrevistó con el obispo Constantino Luna, explicándole el problema. El obispo se preocupó, dado que mi padre pertenecía a los cursillos de cristiandad De colores, por lo que de inmediato salimos hacia la base militar. Llegamos a la brigada y no me querían dejar pasar, por ser menor de edad, pero me armé de valor para hablarle al oficial que se encontraba en la entrada. Este logró comprender mi pena y aflicción por mi padre y finalmente me dejó pasar.

Estando dentro en las instalaciones apareció el carnicero Chupina y otro oficial de apellido Montt, quien fue el que lo interrogó a puerta cerrada. Mi padre se defendió de todas las acusaciones en relación a reuniones en nuestra casa. Para ello justificaba que era miembro de los cursillos de cristiandad, donde él era parte de uno de los grupos y las reuniones se hacían en la casa de los hermanos miembros de cada grupo. Recuerdo que mi padre pertenecía al grupo San Pedro. Tomando su agenda de trabajo, justificó las fechas y lugares donde había estado trabajando, de sus reuniones y asambleas en el SAMF⁴. Salió librado, con la frente en alto: No había motivo para que lo detuvieran. Además, monseñor Luna había respaldado y justificado sus reuniones y grupos en la noche, en casa.

No obstante, la intriga venía de los llamados orejas, que existían en los barrios del pueblo, personas que eran allegadas a la brigada y que se encargaban de llevar información relacionada con la conformación de células que apoyaban a la guerrilla. La participación de mi padre era como fundador y miembro del SAMF, dado que sus acciones venían dándose desde los años cincuenta, cuando la Revolución estaba en apogeo, sumado lo del 54 y la década de los sesenta y su trabajo en el movimiento sindical.



El puente Pantaleón.

Había señalamientos al ejercicio pleno de su instalado liderazgo y capacidad nata, por lo que a la vista de algunas personas no fue buena la invitación que le hicieran para participar en la Secretaría Departamental, de la Democracia Cristiana (DC), en Zacapa. La DC lo identificó como líder por su ardua participación social y política, capaz de la movilización de la gente, efectuando trabajo tesonero, que implicaba lo social y político en busca de sacar adelante política e ideológicamente a nuestro pueblo, producto de toda la represión y sometimiento que vivía la población desde 1954 con el triunfo de la contrarrevolución auspiciada por la Agencia Central de Inteligencia (CIA).

Esta participación política suscitó recelos cuando se presentó como candidato a alcalde por el departamento de Zacapa en la década de los años setenta. Elecciones que perdió. El sabotaje que le hicieron le salvó la vida en esa oportunidad, porque pocos días antes de la toma de posesión, la persona que ganó la alcaldía fue asesinada. A

principios de la década de 1980, logra la jefatura de personal en Ferrocarriles de Guatemala (FEGUA), cargo que desempeña gracias a sus conquistas y esfuerzos sindicales, evidenciando las necesidades urgentes de mejorar el servicio de la ya deteriorada compañía.

La situación política en Guatemala era sumamente difícil: Cualquier motivo de movimiento sindical, dirigencial, social, indígena y campesino era considerado enemigo del gobierno, por lo que cada poco se daban descabezamientos, desapariciones forzadas. Estudiantes y toda clase de líderes, tanto hombres como mujeres, eran secuestrados y desaparecidos. Muchos no han aparecido.

Ese no fue el caso de Chorocán, porque al menos apareció muerto⁵, para que mi madre, mis hermanas y yo lo pudiéramos enterrar. Eran momentos difíciles en Guatemala. Existía una enorme represión militar, lo que le hacía mantener su pensamiento ideológico definido y no había cambios de postura ante sus convicciones. Sobre todo, tenía la visión de luchar porque el ferrocarril mantuviera el servicio para la población, y el medio de transporte comercial fuera eficiente.

Estando en ese cargo surgieron muchas posturas, las cuales le llevaron a renunciar al mismo, regresando a Zacapa sin empleo y muchas frustraciones, porque a sus 56 años de vida, había dejado 39 años en el servicio ferrocarrilero. Aproximadamente a las seis de la tarde del 24 de marzo de 1981, sicarios paramilitares al servicio del ministro de gobernación, Donaldo Álvarez Ruíz, subalterno del gorila presidente Romeo Lucas García, lo asesinan vilmente al lado de su nuera María Estela Berríos.

Mataron al cuerpo, pero sus raíces libertarias siguen en el pensamiento de los que estamos vivos, esperando el momento de la victoria de nuestro pueblo.

Capítulo V

Como si fuera ayer que lo perdí

Alma Verónica

Soy su segunda hija y le di tres nietos. Después de 29 años de no estar con nosotros, a mis 51 años de edad, sigo extrañándolo, como si fuera ayer que lo perdí. Ahora mi madre no está, murió hace un año, pero creo que ya está con él, un amor fiel, eterno; ella sufrió mucho por su ausencia, fueron buenos compañeros, nunca hacían nada que no se consultaran, compartían las penas y las alegrías.

Nací el 21 de febrero de 1958. Me anteceden tres hermanos varones, dos de mi padre con otras señoras, y mi hermano Arturo. Recuerdo que mi padre tenía una gran inteligencia, creo que si lo hubieran examinado en su coeficiente intelectual, el resultado hubiera sido muy elevado. En la medida en que fui creciendo me di cuenta de muchas cosas, como que a mi padre le gustaba la política, ya que en los años sesenta y setenta, por tener sus habilidades de líder en su trabajo, fue nombrado como alcalde del municipio de Zacapa, en 1966, cuando yo tenía sólo ocho años de edad. Actualmente, su fotografía pende en la galería de alcaldes de la Municipalidad de Zacapa.

Mi madre siempre fue ama de casa, porque mi papá nunca la dejó trabajar, no quería que ella dejara el hogar. Él siempre quiso que ella nos cuidara cuando todos éramos pequeñitos.

Recuerdo que en 1976, se quedó sin empleo, porque fue cuando liquidaron la IRCA para convertirla en FEGUA. Como era dirigente sindical, no lo tomaron en cuenta en la nueva lista de recontractados, por lo que con su liquidación se puso a trabajar en una fábrica de helados. Prácticamente estaba sin empleo, después de haber trabajado más de 30 años en el ferrocarril. Para febrero de ese mismo

año, el país fue sacudido por el terremoto que devastó el territorio. Nos quedamos sin casa y mi padre sin empleo, pero gracias a Dios nadie murió de nuestra familia. El terremoto no sólo fue duro para nosotros sino para todas las familias guatemaltecas.

Superado lo vivido por la tragedia nacional, mi padre logra, por medio de su liderazgo, llegar de nuevo al ferrocarril. Esta vez no como Jefe de Personal, propuesto por los mismos trabajadores por su capacidad nata de ser justo con ellos, ya que él había sido fundador del SAMF. En Zacapa, en la sede del SAMF, que se encuentra en el barrio La Estación, hay una plaqueta donde están los nombres de los fundadores de la sede y la organización. Allí se encuentra el nombre de mi padre.

Entre los recuerdos que tengo de su vida sindical, es que participé en la huelga de los 152 días; las demandas laborales eran que les pagaran, porque la IRCA no estaba cancelando salarios. Esta huelga se extendió a todo el territorio donde hubo presencia del ferrocarril y de la organización sindical. En el caso de Zacapa, la asamblea en pleno fue detenida porque determinaron que la huelga era ilegal. Mi padre, junto a sus compañeros estuvo detenido pocos días, luego de ello fue cuando se procedió a ser el cambio de la IRCA a FEGUA.

Fueron muchos años de lucha sindical, de participación política por aportar a un cambio en el país. Mi padre era un futurista. La tecnología no llegó en su época, si no su vida hubiera sido diferente.

Otros recuerdos que tengo de su vida es que era muy amigo y apreciado por muchas personas; le gustaba mucho salir a pescar con sus amigos, compartía en las reuniones religiosas. Entre los guías espirituales que tenía recuerdo al sacerdote Mario Matamoros, y después al sacerdote Juan Mendia (cariñosamente el Padre Juanito). Su consejero era Monseñor Constantino Luna, quien era el arzobispo de la diócesis de Zacapa.

Cuando éramos pequeñas nos llevaban el 7 de diciembre a la feria de Zacapa, cuando éramos todas pequeñas. ¡Era alegre! Tomábamos

ponche de leche, comíamos enchiladas, garnachas, nos subían a las ruedas, nos compraban algodón de azúcar, era una vida sana, sin pensar que su presencia sería corta en nuestras vidas, en mi vida, porque siempre me ha hecho falta. Me dio muchos consejos. De él aprendí la honradez, la honestidad, el amor al trabajo, aprendí carpintería, electricista, fontanería y aprendí a manejar carro porque él me enseñó..

Trabajó en la United Fruit Company (UFC) que ahora es Bandegua y en el ferrocarril, donde trabajó inicialmente como peón, luego de aprendiz del taller mecánico, luego fue brequero, maquinista, piloto de carrito de línea, motor, y finalmente llegó a ser Jefe de Personal. Para concluir, recuerdo que el 24 de marzo de 1981 se encontraba en casa luego de que dimitió de su cargo como Jefe de Personal por cuestiones que no compartía, como dejarse sobornar con el cargo que tenía. Estaba en casa descansando, disfrutando de su primera nieta que yo le había dado, ya que me había casado a la edad de 21 años.

Mi hermano mayor, que trabajaba en Estanzuela, Zacapa, necesitaba que le llevaran cena, por lo que dispuso, junto con mi cuñada, ir a dejar la cena, pero antes él había estado insistiendo a mi mamá que los acompañara; ella no quiso, porque esperaba que regresara del colegio mi hermana menor, Anabel. Eran como las seis de la tarde y se marcharon para nunca más volver con vida. Allí quedaron las luchas por defender a la clase trabajadora, al necesitado, fue cortado de la vida, junto a mi cuñada. Un golpe duro, fatal, a toda la familia, al pueblo de Zacapa, que se indignó, pero como era una época difícil, nadie se atrevía a decir nada, nadie hizo nada, porque hasta la fecha la muerte de ambos sigue en la impunidad.

Fue algo que no tiene perdón, es una herida que nunca sana y ni con todos los perdones que pida el Estado se resuelve el por qué de su muerte. Manuel de Jesús Velásquez fue un padre ejemplar, muy responsable de su hogar, amigo, buen hijo, buen hermano y esposo.

Capítulo VI

Era un papá amoroso

Lourdes Patricia

Lo buscaban para que diera consejos. Gustaba de filosofar, tenía mal genio cuando no dormía bien, pero era un papá amoroso, juguetón, muy protector de su familia; quería mucho a mi mamá, pero en cuestiones políticas no se dejaba mandar por ella. Soy lo que soy ahora porque muchos de sus consejos los sigo aplicando en mi vida. Conviví mucho con él, sobre todo el último año antes de su muerte.

Al pensar y recordar a mi papá viene a mi memoria como un enorme hombre (como cualquier niño ve a su padre), un ser enorme, fuerte y valeroso. Muchas veces lo veía de piel blanca, de piel morena, creo que era porque se quemaba mucho en el sol, por su trabajo. Lo recuerdo fumando, en la casa, con su pantaloneta que él solía decir «la de Pedro Picapiedra», con la que se bañaba y luego se acostaba en la hamaca. Eso era en los días en que llegaba a la casa, después de sus largas jornadas laborales.

Le gustaba escribir sus discursos para la iglesia en una pequeña maquina de escribir. Él no estudió mecanografía, por lo que lo hacía con los dos dedos índices, pero tenía velocidad. Estos discursos, recuerdo, los hacía en fichas de cartulina. Era muy inteligente, ensayaba sus discursos.

En los años sesenta, cuando fue dirigente sindical, hacía sus discursos para las asambleas y los escribía en la misma máquina, pero en unas hojas de color rosado que tenía. Eran copias de reciclaje de la empresa ferroviaria, ya que por muchos años fue motorista. Recuerdo que mi mamá nos llevaba a la estación del ferrocarril a preguntar si él pasaría por la estación en su recorrido y a qué hora

llegaría, para que lo pudiéramos ver. Mi mamá le llevaba su maleta de ropa limpia y una canasta con comida para sus largas jornadas laborales. Cuando llegaba, lo veíamos por unos minutos: Traía un sombrero, sus anteojos y sus característicos pantalones de gabardina color caqui, camisa blanca. Sus abanderados o ayudantes del Motor fueron don Amílcar y luego don Tello.

Lo que puedo recordar sobre su militancia y participación dentro del sindicato fue la lucha por los trabajadores. Buscaba un trato justo, mejoras salariales para todos. Él nunca estuvo para que el sindicato apañara a los malos trabajadores ni para que utilizaran el sindicato para conseguir plazas. Los ascensos se daban justamente a los que tenían más años laborales, experiencia, los que tenían realmente derecho a un mejor puesto o un mejor salario.

Algunas reuniones las hacían en la casa. Mi mamá les preparaba limonada, porque en Zacapa hay mucho calor; empezaban con las limonadas y al final terminaban pidiendo que les fueran a comprar cervezas. Era un grupo alegre, unido y solidario, no obstante siempre habían algunos dirigentes que se aprovechaban de sus ideas, de su inteligencia, ya que él se mantenía proponiendo proyectos. Esas situaciones eran como los sinsabores que muchas veces él percibía en algunos compañeros que no hacían nada sino que se lucían con el trabajo de él y del resto, como el caso de don Julio Girón, padre de Julio Girón, que fue secretario privado del presidente Alfonso Portillo.

Cuando trabajé en FEGUA a finales de los ochenta, siempre me hacían buenos comentarios sobre Chorocán, mi padre. Nunca se vendió con las autoridades o el gobierno, por eso fue que renunció al último cargo al que había llegado: Jefe de Personal.

Algo que a cada hombre le caracteriza, y que recuerdo de mi padre, es que le gustaban los tragos, cosa que a mi mamá le molestaba, pero era un buen bolo, porque no hacía relajos y siempre respetaba la casa, sobre todo a nosotras; mi mamá siempre lo acompañó; fue

buena esposa, le soportó el humo del cigarrillo, ella lo quiso, lo respetó como un buen esposo, un buen hombre, que nunca se aprovechó de nadie ni de un buen momento, para salir de la pobreza o mejorar su calidad de vida o la de su familia. Además, fue un buen hijo, nunca abandonó a mi abuelita Tina, siempre estuvo pendiente de ella, como ella de él.

Otro recuerdo que tengo es que cuando la IRCA pasó a ser FEGUA, en 1970, luego de haber vivido una larga huelga, tuvieron la oportunidad de seleccionar al personal que se recontrataría y él no fue escogido, por lo que lo liquidaron después de más de 30 años de servicio. Le dieron Q7 mil quetzales con los que se dispuso a llevar una nueva vida laboral, cosa que no logró, porque siempre llevaba el sindicalismo en las venas y el amor hacia el ferrocarril lo llevaría finalmente a la muerte por un ideal: Luchar y decir lo que consideraba que era injusto y le hacía daño al país.

Durante unos tres años aproximadamente fue socio de la Empresa de Helados de Guatemala, en Zacapa, donde sólo tuvo pérdidas en la inversión de su dinero. Estuvo vendiendo helados, salía todos los días, una labor que a nosotras como hijas pequeñas nos encantaba, porque comíamos helados al momento que deseábamos. En sus largas jornadas de trabajo, recorrió muchos municipios de Zacapa, Chiquimula, Izabal y El Progreso. Ese trabajo le daba la oportunidad de responder a todas las necesidades de la casa.

Nos tocó vivir el terremoto de 1976, un golpe duro en mi adolescencia, donde pude observar la enorme labor que él desempeñó. No le pidió nada regalado a nadie, sobre todo a las brigadas que pasaban por la calle dejando frijol, sardinas y galletas, materiales de construcción, *sleeping* para dormir, frazadas. A nosotros nada nos dieron, nada pedimos.

Como la casa quedó agrietada, la construyó de nuevo. Apoyó con los trabajos de carpintería; hacía de electricista, mecánico, cuando

era necesario. Era creativo, arreglaba cualquier cosa que se descompusiera en la casa.

Recuerdo que cuando militó en la DC, nuestra casa era la bodega de propaganda, de pintura, de todo, y mi mamá era la encargada de hacerle grandes ollas de engrudo para pegar esa propaganda en los calles. Entre otros recuerdos que tengo es que cuando fue alcalde interino de Zacapa arregló calles que eran de terracería; como no había presupuesto en la Municipalidad, él les mandó a poner unos topes de cemento, para que cuando lloviera durante el invierno éstas no se lavaran; además, colocó muchos llenos cántaros en el pueblo, pilas públicas de las que mucha gente se benefició. Mandó a construir e inauguró el antiguo quiosco del parque central de Zacapa, recién derrumbado por la administración de Mario Pineda.

Cuando fue candidato a alcalde por la DC y ganó las elecciones, lo sabotearon y amenazaron. Ahora pienso que fue mejor así, porque si no, habría muerto antes. Entre esas amenazas, las más fuertes fueron de mi mamá, porque ella no quería que nada le sucediera.

¿Qué más puedo decir? Estoy vieja, quisiera que él estuviera vivo. Lo necesito. Para mí fue un padre modelo, creo que ahora que soy madre comprendo y reconozco todas las merecidas reprimendas que me enseñaron a ser una buena madre.



Capítulo VII

No le dije cuanto lo amo

Maritza

Si hoy pudiera ver y platicar con mi padre le diría: Hola papá, ¿cómo ha estado? Le daría un beso, un abrazo, le tomaría las manos y me sentaría a platicar con él, le diría: «Papá, no le dije adiós, no le dije cuánto lo amo, cuánto lo necesito, porque juntos con mi conocimiento y mis luchas, hoy estuviéramos apoyando a Guatemala.

Ser la pieza principal para escribir esta biografía ha sido para mí de mucho pesar, porque en el proceso de las entrevistas que he sostenido con familiares y amigos contemporáneos de mi padre, he desempolvado viejos recuerdos en gente anciana. A mi propio tío Augusto, hermano de mi papá, le quedaron escasos meses para concederme una entrevista y luego murió. Les he dejado llorando, como a don Mario Mora Betancourt, considerado por mi padre como un hermano, por haberse criado juntos. Las lágrimas se me han hecho correr, por reabrir la herida que quiere volver a supurar en mi corazón al recordar aquella fecha inolvidable en mi vida.

El conocer aquellos rasgos no sólo de liderazgo sino de buena persona, hombre, esposo, hijo, padre, hermano, cristiano, líder social y sindical, me hacen sentir en las venas el orgullo de ser su hija, la hija de Chorocán. Por ello no voy a escribir sobre lo que fue, como lo concebí, porque mis hermanas y mi hermano lo han hecho. De ello no hay más que agregar. Quiero remontarme a aquel 24 de marzo de 1981.

Tenía yo 19 años de edad y ese día salía rumbo a la capital a recibir un curso de introducción a la metodología de trabajo, porque recién

iniciaba a trabajar como educadora para el hogar en la Dirección General de Servicios Agrícolas (DIGESA).

Mi madre me acompañó a la capital para dejarme en el lugar donde se desarrollaría el taller y donde permanecería cinco días. Al subir al bus que nos llegó a traer a la casa en el barrio La Reforma, volteé a ver y allí en la calle lo vi por última vez con su pantalón de picapiedra, sin camisa, lavando su carro. Le dije a mi madre que no había alcanzado a despedirme de él, ella me dijo que no tuviera pena, que ella regresaría al día siguiente y le contaría: La pena de no despedirme, de no darme tiempo, de no decirle cuánto lo amaba, cuánto significaba en mi vida.

La siguiente noche, estando en el centro de capacitación, justo a las 18:48 horas, sentí pena, angustia, que me llevaron a pedirle a mis compañeras de curso que fuéramos a buscar un teléfono público, pero no lo logré. Quería llamar a mi casa para saludar a mis padres. Le pedí al director del centro que me alquilara el teléfono, pero no accedió. Decidí ir a dormir y al día siguiente buscar un teléfono. En la mañana, luego de desayunar, estábamos entrando al salón cuando escuché que me llamaban. Una prima que tenía muchos años de no



En 1961 estrenaron esta locomotora en la estación del ferrocarril de Zacapa.

ver vino a visitarme. La identifiqué y me dijo de una sola vez que mi padre había muerto.

No podía dejar de llorar. La pena en mis compañeras era evidente, tomaron mis cosas y las pusieron en el carro de mi prima; nos marchamos rumbo a Zacapa, aún sin saber que también habían asesinado a mi cuñada Estelita. Les pregunté a mi prima y a mi primo ¿cómo murió mi papá? Me dijeron que se había accidentado, pero como en la entrada a Zacapa, frente al puente Blanco, la Policía colocaba todos los carros chocados, estaba segura que vería el de él.

Llegamos aproximadamente a las 11:00 al puente Blanco, allí estaba su pick up marca Datzun color naranja; no tenía nada, sólo le faltaban los vidrios de las puertas. Entones comprendí que él no había muerto en accidente, que algo más había sucedido. Recordé que hacía unas semanas mi mamá me había dicho que a mi papá le estaban enviando anónimos, diciéndole que se fuera del pueblo porque lo iban a matar. Yo misma leí uno de esos anónimos y le dije que se fuera para Estados Unidos con mi tío, un hermano de mi mamá.

Él no hizo caso, siempre pensó que no huiría, que no se iría a esconder, pero para nosotras no era una actitud de cobarde. Era querer verlo con vida, saberlo con vida en otro lugar. Trato de elaborar en mi mente un recuerdo y un escenario como sucedieron los hechos de ese 24 de marzo de 1981, armando piezas con los comentarios que posterior a su entierro nos dieron otras personas.

Chorocán salió del barrio, recogió a tu cuñada en la esquina, en la casa de don Carlos Peña⁶, siguió la calle principal de Zacapa, pasó por el parque Central, allí ya se le incorporaron dos carros atrás, que empezaron a seguirlo. Cuando llegaron al puente Blanco, los carros agilizaron la marcha y empezaron a acercársele. Un kilómetro antes de llegar a la primera gasolinera de Estanzuela, se le aparearon, le dieron el primer disparo, que pegó justo en la cintura y otro en la de Estelita. Ese disparo descontroló a Chorocán y lo hizo salirse de la carretera, empotrándose en la orilla de un terreno. Estelita se bajó y parada a media carretera, sangrando,

les gritaba, diciéndoles que sabía quiénes eran, pedía ayuda, pero ninguno de los carros que pasaban paraban en su auxilio. Cuando uno de los carros de los sicarios dio la vuelta a toda velocidad y regresó, atropellándola, elevándola en el aire y dejándola caer en el pavimento... cayó con vida. Mientras eso sucedía, los del otro carro estaban aniquilando a tu papá.

Aniquilaron la vida del líder, del dirigente, que sólo así podían callar, sólo así podían parar sus obras, sus gestiones, su carácter de fuerza, al cual le tenían miedo quienes lo mandaron a matar cobardemente, porque con su fuerza no podían más. Llegué a nuestra casa, donde fue el velorio; faltaban pocas horas para el entierro. Mi hermana menor me dijo: «Mirá cómo lo dejaron esos desagraciados». Dentro de la caja fúnebre estaba mi papá con la mitad del rostro cubierto con un pañuelo que mi tío César, hermano de mi madre, le había colocado. Su cuerpo lucía un hermoso traje color beige, mismo que había usado la noche que celebró sus bodas de plata con mi madre.

Mi madre estaba desconsolada, abatida. La casa estaba llena de gente, había personas que no conocíamos, hombres raros y misteriosos que no sabíamos quiénes eran. El teléfono sonaba insistentemente con llamadas misteriosas que ya nadie quería contestar. Algunas personas esperaban escuchar rumores entre nuestros lamentos, dando nombres que señalaran quiénes habían sido los asesinos.

«No haremos justicia por nuestra mano ni la hará la de los hombres, porque en Guatemala los casos de asesinatos como el de Chorocán la justicia nunca los resuelve. Dejaremos la justicia de Dios, El se encargará: Ojo por ojo y diente por diente, el que a hierro mata, a hierro muere. Dios tarda pero no olvida, porque su justicia divina es la más dolorosa», dijo mi madre, Rosa Estrada de Velásquez, su querida esposa (QEPD). Habían llegado algunas coronas, arreglos florales especiales de la Municipalidad de Zacapa, de FEGUA, de otras entidades que conocíamos, pero algunas que no tenían tarjeta fueron lanzadas a la basura. Esa misma tarde mi hermana menor quemó todos los papeles que quizá alguien querría tener.

Efectivamente, días después enviaron a personas desconocidas a preguntar por ellos y dijimos que no había nada. Luego de ver a mi padre en su ataúd, mi hermana me dijo que a Estelita también la habían asesinado. Sentí cómo se doblaban mis piernas y salí hacia la casa de sus padres, donde velaban su cuerpo. Allí estaba esa pobre familia desconsolada, mi hermano que no sabía dónde estar, qué pensar, aturdido, era joven, tenía rabia, ahogaba su llanto de enojo. Vi a mis hermanos mayores, Roberto y Byron Luis, con gran pena en sus rostros, porque varias veces Chorocán se había librado de la muerte.

Cuando salimos para el entierro, parecía una procesión de Semana Santa, porque todo el pueblo de Zacapa estaba allí. La misa estuvo presidida por su guía espiritual, el padre Juanito, quien invocó el nombre del Emmanuel, Dios con nosotros, el de María, por María Estela. Los dos féretros entraron juntos y juntos salieron de la catedral de San Pedro, Zacapa, rumbo al cementerio donde hoy descansan sus cuerpos. ¿Que pensaría mi padre al ver cara a cara a los sicarios? ¿Qué les diría? ¿Cuál sería su actitud? No creo que haya suplicado por su vida, mas creo que si pudo decirles algo fue escupir su cara de cobardes, porque él ni un cuchillo portaba, nunca llevó una pistola. Portaba tan sólo una manopla para defenderse con sus puños si lo atacaban como hombres.

Al día siguiente del entierro nos fuimos con mi hermano Arturo a pedir el carro a la Policía Nacional, porque ya lo estaban descuajando (robándole piezas). Le robaron la batería, el radio, la caja de herramientas y los platos de los aros. Nos lo dieron y lo fuimos a lavar al Río Grande, bajo el puente Blanco. Encontramos pedazos de huesos de su rostro, dientes, un pedazo de bigote y hasta un pedacito de su lengua. Mucha sangre... Estábamos como zombis, echábamos y echábamos agua con cubetas, lavándolo. En el respaldo del sillón se podía ver el agujero del primer disparo que pegó en la cintura, el cincho tenía el mismo agujero. Terminamos y nos marchamos para la casa en el carro, lo guardamos en su zaguán y mi mamá lo tapó con una enorme sábana que ella misma cosió con pedazos de tela.

Mi hermano y yo tomamos una botella completa de whisky. Pensé que me iba a emborrachar, pero en el pesar, el trauma de ver la sangre de mi amado padre, no dejó que ni una sola gota de licor me afectara y me diera mareo o sueño. Los dos platicamos mucho esa noche. Me dijo que se marcharía del país con mi hermano Byron. Me aconsejó que me cuidara, que cuidara a mi mamá, y a mi hermana pequeña. Le pedí que no se fuera y que no nos dejara solas, pero la decisión estaba tomada. Ambos temían por sus vidas, porque compartían el pensamiento ideológico y político de Chorocán. Mi hermano Roberto no se marchó. Vivió muchos años con la ira por dentro, sin decir ni hacer nada, porque sino él hubiera muerto también. A las cinco de la mañana del día siguiente, mis hermanos se marcharon sin rumbo conocido. Los volveríamos a ver siete años más tarde, con el ascenso al poder del presidente Vinicio Cerezo, de la DC.

Tengo un enorme recuerdo de mi padre, tan grande que no puedo describirlo y en cada una de mis luchas diarias, como mujer, como persona, como madre, trato de seguir los impulsos que llevo en mi sangre. La mejor herencia que me dejó, sin decir, sin enseñarme, lo llevo en la sangre: El amor a la gente, a la lucha, a la rebeldía, el decir no, estoy harta de un sistema que oprime, donde los pobres no salimos del subdesarrollo, de la prehistoria. Su liderazgo de sindicalista está latente en mi sangre. Fui sindicalista, ahora soy dirigente y lucho por los derechos de las mujeres.

Asesinos intelectuales y materiales de Chorocán: Le cortaron la vida a un hombre más valiente que ustedes, y lo saben. Nunca podrían llegarle ni al tacón de su zapato; su frente nunca estaría a la altura de la él, como nunca podrán estar donde él hoy se encuentra, porque el hombre de bien, espera bien. Hombres líderes y héroes anónimos como Manuel de Jesús Velásquez son los que la patria y el mundo necesitan. No les maldigo, sino les bendigo, porque Dios se encargará siempre de hacer justicia a su medida, porque cuando nuestra herida ya no nos duela, el dolor de ustedes empezará, y les arrastrará como un karma por todas sus generaciones.

Capítulo VIII

El ídolo que todo lo podía hacer

Anabel

Tengo pocos recuerdos de mi padre. Tenía 17 años de edad cuando él fue asesinado. Me causó tanto trauma, tal vez por ser la más pequeña. Él siempre me decía que yo era su niña linda de ojos color verde y cabellos rubios, era su preciosa bebé. Cuando mi papá trabajaba en el ferrocarril, solía salir por largos períodos. En ese entonces yo era una adolescente que con curiosidad iniciaba la vida.

Cuando él llegaba cansado y dejaba su ropa para bañarse, ponía su pantalón en la cama y mientras mi mamá le preparaba la comida, aprovechábamos con mis hermanas y mi hermano para robarle algo de dinero. Era una aventura, el temor nos sobrecogía, pensar que seríamos descubiertos nos llenaba de pánico, porque él era muy enojado. Muchas veces se daba cuenta y no decía nada, pero otras sí, porque lo dejábamos corto de dinero.

Me llamaba «La patinadora», porque me gustaba ir con mis primas a dar vueltas en patines en una pista que recién habían abierto en Zacapa. Para el asueto de Semana Santa le gustaba llevarnos al río. Eran días muy calurosos y alegres en Zacapa. Su pick up iba lleno de gente de la familia. Él nos protegía mucho, nos cuidaba, nos aconsejaba. Solía llegar cansado del trabajo y se acostaba a dormir en las tardes. Cuando nos poníamos a jugar en el corredor de la casa, escuchaba nuestras risas que lo despertaban. Llamaba a la que más bulla hacía. Nunca nos golpeó, pero nos regañaba.

Hablar de mi padre, de su muerte, es un tema que nunca he querido abordar con nadie, ni con mi propia familia. Creo que todo ha tenido que ver en la corta edad en que me quitaron a mi padre: El ídolo

que todo lo podía hacer, porque eso era para nosotros un superhéroe. No había nada que él no pudiera resolver en la casa.

Era descuidado con su salud: Fumaba mucho. Una vez se enfermó de la columna y tuvo un dolor terrible que lo obligó a hospitalizarse. Allí mismo fue a hacerla de héroe, porque una noche el señor que tenía a la par en el hospital se estaba muriendo, porque sentía que el suero le estaba haciendo daño. Mi papá se bajó de la cama y como pudo le quitó el suero al señor, hasta que llegó la enfermera, quien lo regañó, pero el señor le dijo que no lo regañara, porque él sentía que se moría con el suero.



De izquierda a derecha, las hermanas Maritza, Anabel, Lourdes y Verónica Velásquez Estrada.

Son tantos recuerdos... el dolor de saber a mi padre muerto no lo podré borrar. Ese dolor, ese trauma, que dejaron en mí los asesinos, ¿por qué me tocó llorar durante años la muerte de mi padre y ser el hombro de mi madre muchas noches para que ella descargara su llanto?

Quiero compartir su legado, la sangre Velásquez que llevamos de él. Más que el recuerdo es toda una herencia de valor, de buena voluntad para el necesitado. Es ser también héroes en la vida, porque saber reponernos de su muerte no sólo nos hizo mártires, sino que nos hizo valientes.

Ficha familiar

Nombre: Manuel de Jesús Velásquez

Padres: Benigno Peña y Cristina Velásquez Ramos

Hijos: Roberto y Byron Luis; Oscar Arturo, Alma Verónica, Lourdes Patricia, Maritza y Anabel

Nietos: Oscar Arturo, Abel Enrique, Oscar Manuel, Pablo Adolfo, Edna Verónica (la preferida), Pedro Julio, Byron Estuardo, Carlos Manuel, Mariano Alberto, Diego Javier, Juan Manuel, Lourdes Rossina, Amory Luis Miguel, Edwin Manuel, Luis Fernando y Ana Luisa del Rosario, Ingrid, Vivian, Roxana, Wendy, Cristian, Celia, Luis Byron, Fabio y María José.

Bisnietos: Yakelyn Mishell, José Carlos, Oscarito, Robertío, Sebastián, Marianito, Rosa Elena

Yernos: Byron Francisco Orellana, Carlos Leonardo Santizo (QEPD), Luis Fernando López y Raúl Aníbal Marroquín

Nueras: María Estela Berríos⁷ y María Domitila Hernández

Reconocimiento y agradecimiento

Agradecemos al Programa Nacional de Resarcimiento (PNR) y a la Secretaría de la Paz del gobierno de Álvaro Colom por el resarcimiento económico otorgado por la muerte de nuestro padre Manuel de Jesús Velásquez y de María Estela.

Agradecemos también el apoyo para la edición e impresión de este documento histórico que recoge parte de la vida de uno de los héroes anónimos y mártires de Guatemala que fueron callados durante el conflicto armado interno que vivió nuestro país.

Queremos, además, hacer un reconocimiento a nuestra madre, Rosa Estrada Chacón de Velásquez, que vivió 28 años esperando el momento para reencontrarse con su amado esposo. Hoy ambos descansan en sus tumbas, una al lado del otro, en el cementerio general de Zacapa, donde nosotros esperamos también la partida sin retorno con mucha alegría, para volverlos a ver. Ella, nuestra madre, no logró ver realizado este proyecto ni recibir dicho resarcimiento, pero Arturo, Verónica, Lourdes, Maritza y Anabel damos el reconocimiento de gratitud a César Dávila, Presidente de la Comisión Nacional de Resarcimiento (CNP) y a Orlando Blanco, Secretario de la Paz, por el apoyo incondicional que han prestado no sólo en éste sino en cientos de casos más que ameritan resarcimiento.

Hacemos un llamado a todos sus nietos y bisnietos para que reconozcan al abuelito Meme como lo que fue: Un héroe.

También les pedimos que recuerden hacer el bien a la gente, amarla y respetarla. Y nunca se sientan humillados ante nadie por decir la verdad, actuar con honestidad y sobre todo con honradez, porque Manuel nunca sacó provecho personal de las oportunidades que se le abrieron cuando fue dirigente o funcionario.

Guatemala, marzo 24 de 2010

Notas

1

Así le llamaban al padre de Manuel, como diminutivo de Benigno.

2

Un caserío aledaño a la estación del ferrocarril, hoy elevado a la categoría de zona 2, de la ciudad de Zacapa.

3

Siglas en inglés de Ferrocarriles Internacionales de Centro América.

4

Sindicato de Acción y Mejoramiento Ferrocarrilero, en el que Manuel era miembro del Comité Ejecutivo departamental de Zacapa.

5

Lo asesinaron junto a María Estela Berríos Hichos, mi primera compañera de hogar, dejando de dos meses de nacido a nuestro bebé Oscar Arturo.

6

Hoy en día, en esa esquina hay colocado un monumento a la madre.

7

Quien murió junto con él.